

LA NOVELA CINEMATOGRAFICA
DEL
HOGAR 121

30
CTS.



BELLE BENNETT
MARIAN DOUGLAS
WILLIAM DESMOND
EDICIONES BISTAGNE

**LEY
DE HERENCIA**

MEEHAN, J. Leo

La Novela Cinematográfica del Hogar

Publicación semanal de películas selectas

Director:

Año III Francisco-Mario Bistagne Núm. 121

(The devil's trademark, 1928)
LEY DE HERENCIA

Sentimental asunto, Interpretado por

BELLE BENNETT, etc.

Exclusiva

L. GAUMONT

Paseo de Gracia, 66 BARCELONA

Postal-regalo: KAREN MORLEY

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

(831)

LEY DE HERENCIA

Argumento de la película

Hace veinte años efectuóse una noche un robo en el domicilio del señor Gray, dueño de una importante fundición de los alrededores de Nueva York.

Avisada la policía se pudo comprobar que los ladrones se habían llevado todas las joyas que había en la caja, valoradas en varios miles de dólares.

No habían dejado los aprovechados "cacos" el menos rastro, y se haría difícil su captura.

—La persona que ha abierto la caja conocía bien su secreto, pues no ha tenido necesidad de perforarla—dijo un agente—. ¿No sospecha usted de nadie? ¿De algún criado?

—No... no... pero, acaso... Hace una semana

se despidió precipitadamente una doncella de mi mujer, una tal Elsa Brown.

—Hay que buscarla. Tal vez pueda darnos la clave del asunto.

—Sí... sí.

Mas fueron inútiles cuantas gestiones se hicieron para dar con ella. Y, sin embargo, las sospechas apuntadas tenían una verdadera realidad.

Elsa Brown era la ladrona de las joyas y había efectuado el robo aprovechando la momentánea ausencia de sus antiguos señores, ayudada por su marido Felipe Benton, un sujeto de cuidado que había conseguido entrar de empleado en la fábrica con fines inconfesables.

En compañía de su esposo fué luego a casa de un prestamista que sin escrúpulo alguno adquiriría toda clase de objetos procedentes de robo. Examinó el comerciante el valor de las joyas y les ofreció mil quinientos dólares por ellas.

—¡Es muy poco!—protestó Felipe.

—Es la mitad de lo que valen. Tres mil dólares. Pero yo tengo que venderlas a mi vez y además algo debo quedarme por el riesgo.

Realizaron finalmente la operación, percibieron aquella cantidad y el matrimonio empezó a pasear por las calles de la capital, temerosa y atormentada ella por el remordimiento, con la satisfacción él del hombre que sólo mira el lucro personal.

—Tengo miedo, Felipe. Hemos cometido una mala acción... Siento que ese dinero me quema... Deberíamos devolverlo.

—¿Te has vuelto loca? ¿A qué vienen ahora esos escrúpulos?

—Loca fui cuando te ayudé a realizar este robo... Devuelve esos dólares y entregaremos otra vez las joyas.

—Sería inútil que lo intentásemos, pues el comerciante ha hecho un buen negocio con la adquisición de las alhajas y ya no querría volver atrás.

—Es preciso, Felipe... Yo no sé cómo tuve valor para ayudarte. Piensa que voy a tener un hijo y que, si no devolvemos el dinero, será un hijo de ladrones.

—No me vengas con historias hoy. No es la primera vez que he sido ladrón y no porque devolviese ahora las alhajas podría mi hijo dejar de sentir la ley de la herencia.

—¡Oh, calla, calla! ¡Devuelve eso!

Le amenazó con un revólver, que él suavemente le arrebató.

—Elsa, ¿es que quieres entregarme? ¿Es que serás capaz de denunciarme a la policía?

—No, Felipe, no. Bien sabes que te amo... pero esa vida tuya me da horror...

—Pues mira que tengo otro golpe planeado. El de apoderarme del dinero de la fábrica. ¿Crees que entré de empleado en ella por amor a la profesión?

—No debes hacer eso. Piensa en tu hijo, sálvalo de la deshonra de que algún día haya de avergonzarse de su nombre.

—Soy fatalista para esas cuestiones, Elsa. Desgraciadamente creo en la ley de la herencia.

Tengo sangre de ladrón y así la habré transmitido a mi hijo.

—¡Oh, no, no!

—¡Ya lo verás!

La mujer sollozó unos momentos y al cabo dijo, revistiéndose de energía:

—Felipe, quiero proponerte una cosa.

—Habla.

—Prométeme que por respeto al hijo que va a nacer no robarás nunca más.

—Eso es demasiado. Lo llevo en la sangre. Estoy acostumbrado a vivir bien... y lo lograré.

—Sacrificate por nuestro hijo para que él se mire siempre en un hogar honrado.

—Siendo hijo mío su instinto le llevará hacia el mal.

—No puedo creerlo, pues su maldad, que habrá podido heredar de tus costumbres, se neutralizará con mi bondad, con mi cariño, con mi deseo de rectificar mi error... Es preciso, Felipe. Prométeme que nunca volverás a robar mientras tus hijos se porten bien, mientras ninguno de ellos, los que tengamos, abandone la senda de la honradez por la que quiero guiarles.

—Tonterías. No podrás.

—Pero ¿me lo prometes?

Vaciló el ladrón y enternecido unos instantes por la súplica ardiente de la esposa, accedió:

—¡Sea! Mientras ninguno de mis hijos realice nada punible, yo tampoco lo haré... Pero no te ufanes de tu victoria. No la tendrás. Yo sé lo que es ley de contagio, de herencia. Mi pa-

dre había robado también. Yo, ya ves... Nuestros hijos...

—¡No! ¡No!

—El tiempo lo dirá.

Y como viese aparecer a lo lejos unos guardias le impuso silencio y, cogiéndola por el brazo, desapareció con ella por un callejón.

* * *

Habían pasado veinte años. Felipe Benton había cumplido su palabra. No robó más. Seguía como empleado en la fábrica Gray, resistiendo las tentaciones que a veces sentía de asaltar la caja de caudales.

Con su mujer había puesto en el mismo pueblo una casa de huéspedes. Elsa Brown era ahora la señora Benton y nadie conocía en absoluto su personalidad anterior de doncella de los Gray.

Estos, que seguían residiendo en la capital, habían olvidado por completo el robo de las joyas y no volvieron nunca a preocuparse del paradero de su antigua criada a la que no habían vuelto a ver más.

Alguna que otra vez el señor Gray visitaba sus fundiciones e ignoraba que el empleado Felipe Benton fuera el marido de la doncella sobre la que habían recaído sospechas tan fundadas del robo.

La señora Benton era relativamente feliz al ver a su marido que se había mantenido por la senda del bien y a sus hijos Alberto y Celia que desde un principio habían iniciado el camino de la honradez, por el que seguían imperitables y austeros.

Alberto llevaba un año fuera de casa, empleado en una tienda de la ciudad. Muchas veces su madre se preguntaba si el muchacho no se perdería entre las grandes tentaciones de la urbe y había suplicado a Felipe le hiciera volver a casa. Pero Felipe se negaba a ello.

—Si es de la fusta de los hombres honrados, lo mismo lo será aquí que en la capital.

—Pero allá las ocasiones son más grandes.

—No te preocupes.

Celia, que tenía diez y ocho años, uno menos que su hermano, era una muchacha bonísima, una rubia encantadora y suave.

La ley de herencia tan temida por los padres parecía desmentirse en aquellos dos hijos. Creía la madre que estaban ya a salvo de todo mal, pero Felipe, por lo contrario, pensaba una y otra vez en que algún día, uno de sus hijos había de sentir en su sangre la mala inclinación por la fruta ajena y la atracción del robo.

Dos eran los huéspedes de la señora Benton. Pedro Sorley, un capataz de la fundición, muchacho soltero y de una honradez a toda prueba, y Carlos Gray, el hijo del dueño de la fábrica, a quien su padre había mandado al pueblo a pasar una larga temporada a fin de que se librara del influjo de la ciudad y sus placeres, que le quitaban el dinero y la salud.

Carlos estaba allí de incógnito y todo el mundo ignoraba que fuera hijo del señor Gray, creyéndolo únicamente un pariente lejano de éste.

Carlos se aburría solemnemente en aquel ambiente a que le había condenado su papá. Le había rogado éste fuese a la fábrica y quedase

allí como empleado en la administración, por lo cual él le daría una tarjeta para que le admitiesen sin más demora. No quería que nadie supiese que era su hijo a fin de que no se le tratase con mimo ni demasiada consideración.

Pero Carlos daba largas al asunto y en vez de trabajar se pasaba el día durmiendo y la noche cazando patos en el río o bebiendo en la taberna hasta emborracharse.

¡Lástima de joven! ¡Era tan arrogante, con un mirar tan claro y noble! Celia se sentía enamorada de él y desde que Carlos estaba en la casa de huéspedes, le atendía con preferencia a Pedro, tipo rudo del pueblo que rabiaba al verse preterido por el otro.

Para aquella tarde se anunciaba la llegada de Alberto que había obtenido quince días de licencia de la casa donde trabajaba... Sus padres esperaban con impaciencia el momento de abrazarle... ¿Habría cambiado? ¿Le habría dominado la ciudad o se mantendría con la fuerza de la madre?

Pronto saldrían de dudas.

Por una extraña coincidencia, Felipe Benton se sintió aquel atardecer atormentado por el afán del robo. El cajero, cerca de él, contó un gran fajo de billetes y luego fué a encerrarlos en el arca.

El gusto del dinero, la feroz alegría de poseer en un momento lo que no cuesta esfuerzo, le poseyó por unos momentos... Cuando el cajero marchó, Felipe, que había conseguido fijarse antes en la combinación de abrir la caja, fué ha-

cía el arca y estuvo acariciando su cerradura con una voluptuosidad enfermiza.

¡Si él quisiera abriría esa puerta de hierro! Conocía la combinación. Y dentro estaba una fortuna, una cantidad inmensa que le permitiría marchar a América y vivir con toda clase de esplendidez.

Llevaba veinte años sin quitar un céntimo de nadie. Era esclavo de su palabra. Muchas veces había sentido idéntica tentación, pero nunca tan fuerte como ahora. Sin embargo, se acordó del juramento hecho a su mujer: de no realizar ninguna mala acción mientras ninguno de sus hijos la realizase... Y acaso en lo más íntimo de su subconsciencia existía el anhelo de verse libre de un modo u otro de su palabra, de desear que Alberto, llevado de la ley de herencia, hubiese incurrido en falta, para poder él robar y dar satisfacción a las leyes hereditarias del mal.

No abrió la caja. Una ley moral más poderosa que la absurda ley en que cimentaba su honradez, le impidió realizar su propósito. Y fué a su casa en ocasión de que Elsa salía hacia la estación para ir a recibir a su hijo.

—Es mejor que te quedes. Voy a ser yo quien va a hablar primero con él—dijo Felipe.

—Pero ¿por qué?

—Quiero ver lo que dice, cómo le ha probado la ciudad, tantear si se mantiene honrado o...

—Estoy seguro de que lo será siempre.

—Es preciso comprobarlo.

Y Felipe fué a la estación y abrazó a su hijo Alberto, buen muchacho, a quien el aire de la

capital no le había emponzoñado, habiéndolo únicamente convertido en un chico presumido y frívolo, enamorado de lo ligero y superficial.

Felipe le hizo numerosas preguntas y tuvo que confesarse que contra lo que él había podido suponer, no parecía malo del todo... Ahora bien, era un chico risueño y amigo de divertirse y eso le escamaba un poco... Recordaba que también él había sido así en su juventud y que poco a poco, para atender el gasto de las diversiones, había ido cayendo hacia el abismo.

La madre recibió sin reservas de ningún género a Alberto. Le vió optimista y alegre, le hizo explicar toda su vida en la capital y se convenció de que seguía siendo honrado sin que las leyes de la herencia que ella temía se hubiesen manifestado en él.

La cena fué agradable, contando Alberto toda suerte de grandezas y pequeñas y divertidas travesuras que hacían gracia a la hermana y a la madre, pero que ponían en el ceño de Felipe una expresión de dureza... ¿Se conservaría su hijo siempre así?...

Pedro, el capataz, se mostró un poco disgustado con Alberto porque había perdido aquel aire sencillo de antes para convertirse en "un grotesco señorito". También, por su parte, pareció Alberto demostrarle menos simpatía que antaño, como si le molestara estar en la misma mesa de un trabajador, que comía sin conocer las reglas de la etiqueta.

Se sentía Alberto un poco fatigado, y después de cenar se encerró en su cuarto a dormir.

Ahora que estaba en el campo quería descan-

sar lo más posible y vivir una vida pacífica y tranquila.

* * *

Carlos Gray había estado intentando cazar patos en el estanque. Sentado en una barca en compañía de otro pescador, había disparado en vano varias veces sin alcanzar ninguno de aquellos animalitos que tenían una especial habilidad en rehuirle.

Por fin una de las balas rebotó en la cabeza de un pato y cuando satisfecho y alegre iba a alcanzarlo, se dió cuenta de que se trataba de un pato de goma.

Furioso por lo que consideraba una burla, dejó de cazar, tiró la escopeta, disparándosele y produciéndole un susto de importancia, y antes de volver a la casa de huéspedes entró en una taberna a beber unos cuantos vasos de vino.

Llegó a la pensión medio borracho y saludó sin apenas tenerse en pie a Celia que le contemplaba con melancolía.

El joven, que sentía por ella una especial inclinación, le sonrió al verla.

—¡Buenas noches, Celia!

—Buenas noches, Carlos... Pero ¿dónde está la escopeta?

—La perdí...

—¡Hombre de Dios!... ¿Y la caza?

—Era falsificada... He perdido la noche.

—¿Para beber, no?

—¿Qué culpa tengo yo de que estén abiertas a estas horas las tabernas?

—¡Ay, Carlos!

El huésped había vaciado sus bolsillos encima de la mesa para buscar la llave de su habitación... Entre las cosas que sacó de ellos figuraba un buen fajo de billetes.

—¿Cómo vas por esos mundos de Dios con tal dinero? Te van a robar.

—Me lo ha mandado mi papá... Es para mis malos gastos... Papá es muy bueno... ¡Oh, si pudiera guardar en algún sitio esos billetes! Tienes razón. Pueden quitármelos.

Empezó a buscar por el comedor hasta que viendo una pecera se empeñó en meterlos allí dentro.

—No, aquí no.

—Pues donde quieras... Toma... donde quieras...

Comprendió Celia que Alberto era irresponsable de sus actos. Estaba completamente bebido.

—¿Dónde los ocultaremos? ¿Dónde?—decía él, sonriente.

Al ver un espejo en que se retrataban las facciones suyas y las de Celia se echó a reír:

—¡Nos espían! ¡Guarda mi dinero! ¡Nos espían!

Cogió un jarrón y quiso incrustarlo contra el espejo, pero Celia pudo evitar el atentado... Y sonriente, la muchachita, le quitó el jarrón de porcelana que sostenía un ramo de flores y puso los billetes en su interior.

Alberto, rendido de sueño, no se dió cuenta de nada, y guiado por Celia, se dirigió a su habitación para dormir unas horas y aclarar en

la quietud del sueño su inteligencia anegada en alcohol.

* * *

Al día siguiente, Elsa fué al cuarto de su hijo Alberto donde éste se hallaba ya vestido, y tras algunos rodeos, le preguntó tímidamente si traía algún dinero para ella.

El joven contestó con desparpajo:

—No, mamá. Gano poco y la vida en la ciudad es muy cara. Se gasta diez veces más que aquí.

—Pero tienes un sueldo regular y podrías ayudarnos...

—Pago mucho de pensión y luego los compromisos, las amistades...

—Deberías dejarlas.

—No puede ser... Y me extraña que me pidas dinero. Creía que entre lo que gana papá y lo que sacabas de los huéspedes tenías lo suficiente para vivir.

La madre se puso seria. Una sombra de melancolía se abatió sobre sus facciones. Y confesó:

—Hace muchos años que estamos ahorrando para pagar una deuda sagrada.

—No comprendo...

—Sí, una deuda que contrajimos antes de que tú nacieras... Y hay que pagarla para nuestra tranquilidad.

—Una cosa tan antigua ya no se paga, madre.

—Sí se paga... Aunque hubiera pasado toda la vida, hay que pagarla.

—Siento decirte que no cuentes conmigo, pues no me llega lo que gano ni para mis gastos.

—Alberto, no creí que fueses tan egoísta.

—Hazte cargo, mamá. No es egoísmo, es la realidad. ¿O es que quieres que para pagar tu deuda me convierta en un ladrón?

—¿En un ladrón? ¡No! ¡No! ¡Oh, hijo mío! ¡No!

Se sentía aterrorizada, y Alberto, disgustado por aquel acento dramático que consideraba exagerado, salió de la casa.

Aun la madre le suplicó en el recibidor:

—Robar, no. ¿Me lo prometes, hijo mío? ¡Robar, no!

—Pues claro que no. Te lo dije porque como parecía que para ti era cuestión de vida o muerte esa deuda... Bueno, adiós. Voy a dar una vueltecita.

Se despidió Alberto mientras la madre, sentada en un sillón, lloraba con profunda inquietud.

Celia la sorprendió en aquel llanto, en aquella honda amargura.

—Pero, mamá, ¿qué tienes?

—Nada, hija mía.

—Te he oído discutir con Alberto. Me parece que decías no sé qué de una deuda... ¿Es cierto? ¿Tiene Alberto deudas?

—Soy yo quien las tiene.

—¿Tú?

—No me hagas hablar, por favor.

—Pero, ¿qué te sucede, mamá? Nunca te vi tan afligida. De veras me inquietas. ¿Es que no

tienes confianza en tu hijita? ¿No sabes que yo te quiero más que a nada en el mundo?

—¿Me quieres, Celia? ¿No te avergonzarás nunca de mí?

—¿Avergonzarme de ti, que eres la mejor de las mujeres?

La madre se sintió propicia a la confesión, a explicar todo lo que durante tantos años había callado para sí sola...

Permaneció unos momentos en profunda abstracción y al cabo, levantando la cabeza, dijo con gesto firme:

—Debes saber una cosa terrible, niña mía. Tu madre no ha sido siempre la mujer honrada que tú crees...

—¡Oh!

—Hace veinte años, antes de que tu hermano naciese, cometí una mala acción, robé... ¡Soy una ladrona!

—¡Mamá!

La sorpresa abatía a la muchachita. Pero veinte años de amor eran demasiado para que se extinguieran al soplo de una acción criminal.

—Fué la única vez que robé—prosiguió la madre—, pero desde entonces el fuego del arrepentimiento ha purificado mi alma. ¡Lo que he sufrido desde aquel día! Estoy muy vieja, mucho. Y no es por el trabajo, que éste no hace envejecer fácilmente, sino por las luchas del alma, por el dolor de no poder devolver lo que en una hora de extravío quité.

Se adivinaba en sus palabras el deseo de apartar al padre de toda sospecha, anhelando no castigar más el corazón de la pobre Celia con

el doble golpe de que no sólo su madre sino también papá era un aventurero.

—¡Pobre mamá!—suspiró Celia.

—He estado ahorrando día por día con un esfuerzo penoso, considerable, difícilísimo muchas veces... Quiero devolver ese dinero que robé siendo doncella de la casa Gray. He conseguido recoger ya dos mil dólares; me faltan mil para



—¡Pobre mamá!

completar su importe... Mientras no haya pagado toda esta cantidad no habrá paz para mi corazón... ¡Ah!, hija, cómo debes avergonzarte de mí, ¿no es cierto?

Celia, enjugándose unas furtivas lágrimas, la abrazó.

—Madre, te quiero como te quería hace poco,

como te he querido durante toda mi vida. Leí que hasta los santos pecaron y fueron perdonados por Dios... ¿Por qué no debo perdonarte? Además, ¿no es admirable tu conducta? Ahorrar para devolver, para restituir...

—¡Restituir! ¡Sí! ¡Ojalá pueda hacerlo pronto todo! ¡Ojalá!... Pero es preciso comenzar ya a hacerlo... Tendría que pedirte un favor, Celia... Es muy terrible, pero me acojo a tu bondad. Yo no podría ir.

—¿Qué deseas?

—Te daré los dos mil dólares que tengo ahorrados y vas a ver al señor Gray a la ciudad y se los entregas. Dile que son producto de aquel robo de alhajas de hace veinte años, aquellas alhajas que valían tres mil dólares, y que tan pronto podamos le devolveré los otros mil. Entonces quedaré satisfecha, feliz... ¡Díselo!

Consideró Celia lo terrible de aquella escena, lo peligroso de aquella misión, la vergüenza que ello le reportaría... Pero una negativa habría sido cruel para la pobre madre... Llevada de aquel corazón generoso que tenía, aun considerando que aquel era el trance más grave en que se había visto nunca, acabó por acceder a su petición.

—Iré, mamá.

—¡Bendita seas para siempre, hijita de mi alma!... ¿Me prometes que tú nunca, nunca olvidarás la senda del bien?

—Te prometo ser como a ti te he conocido siempre...

—Voy a buscarte los dos mil dólares. ¡Ah!

¡Si tuviéramos otros mil, si pudiéramos saldar esa deuda que roe mi existencia!

—No te preocupes, mamá... Un día u otro la pagarás.

Marchó en busca del dinero, y Celia, llorosa, paseó distraída la mirada por el comedor. De pronto sus ojos se clavaron en el jarrón y recordó que en la noche última había dejado allí los mil dólares de Carlos.

La sombra de un mal pensamiento, la alegría de poder librar a su madre de aquella gran preocupación, la acometió de súbito, y dejándose llevar de su corazón, sin medir la trascendencia y la ilegalidad de su acto, corrió hacia el jarrón y apoderándose de los mil dólares los guardó sigilosamente en su bolso.

Volvió mamá con los otros dos mil y después de varias recomendaciones, Celia marchó tranquila a tomar el tren que en menos de dos horas la llevaría a la capital.

* * *

La entrevista con Gray fué fría y corta. Rápidamente, con sincera emoción, y rogando le permitiera mantener el incógnito, puso la joven encima de la mesa tres mil dólares.

—Mi madre le quitó a usted las joyas hace veinte años. Importaban tres mil dólares. Aquí los tiene usted. Mamá ha ido ahorrando dólar tras dólar hasta conseguir reunir esta cantidad.

Recordó entonces el señor Gray aquel robo que había quedado en el mayor misterio.

—Su madre se llamaba Elsa, ¿no?

—Perdón. Le he rogado que no me pregunte. Me fío en su caballerosidad.

Gray era un caballero. Se hallaba contento de aquella restitución y sentía una infinita lástima por la muchacha que había realizado misión tan desagradable.

—¡Está bien!—dijo—. Voy a hacerle un recibo por saldo de esta cantidad...

Cuando regresó a casa, Celia entregó el recibo a su madre.

—El señor Gray es una buena persona. Me ha dado el recibo por saldo. Dice que te perdona los mil dólares restantes—indicó para justificar lo sucedido.

—¿De veras? ¡Gracias, Dios mío! Soy feliz, hijita, soy feliz... Ya no debemos nada a nadie. Ya esta casa no está cimentada con el producto de un robo. Soy feliz. ¡Gracias, hijita, gracias!

La alegría de su madre la estremeció y pensó en lo que iba a ocurrir cuando se descubriese su situación. Pero prefería ser ella una ladrona a que mamá siguiera sufriendo con el suplicio de no tener aún satisfecha su deuda.

Cuando aquel día llegó Felipe del despacho, su esposa le comunicó lo ocurrido.

Frunció el ceño el marido.

—¿No te alegras, Felipe? ¡Ya somos libres! Ya no debemos nada. Nos perdona mil dólares.

—Bien los hemos sudado con tu sufrimiento. Y ¡ah!; yo no sé por qué, pero en estos días mis tentaciones de robar aumentan.

—¿Te has vuelto loco? ¿Quieres volver a

lanzarme a la deshonra, al dolor? Tus hijos son honrados, este hogar es honrado ya, fruto de nuestro trabajo. No lo olvides.

—No, no lo olvido. Te di mi palabra y no robaré mientras todos en mi casa se mantengan con dignidad.

—Así será siempre.

Felipe, desolado por las luchas de su cora-



—*Ya no debemos nada a nadie.*

zón, fué a su cuarto y permaneció todo el día melancólico.

Aquella tarde Carlos, libre ya de toda influencia de embriaguez y sin acordarse de lo sucedido la noche anterior, nada más sino de que había traído una borrachera de órdago, fué al

encuentro de Celia que se hallaba nerviosa y apenada.

—¿No sabes, Celia? He perdido mil dólares... Me baila por la cabeza haberlos puestos en algún sitio y no recuerdo...

—No sé.

Estaba pálida, tenía miedo de que él se acordase de repente y fuese a ver al jarrón y descubriera que no estaba ya el dinero.

—¿No tienes tú idea de dónde los metí? ¿No te dije yo nada?

—No. De veras que no.

—Debí perderlos... o me los robaron... ¡Buena la hice!... Es capaz mi padre de no quererme mandar más... ¡Qué loco! Pero... nada, esa es la última vez que me emborracho. ¡Lo juro!

—¿Se puede creer?

—Estoy avergonzado... Me gustaría hacerme digno de ti, Celia, y sólo seré digno cuando me ponga a tu nivel.

Ella sonrió con melancolía.

—¡Lo has dicho tantas veces!

—Pues esta vez va de veras... ¡Eres tan encantadora, Celia, me gustas tanto!

A pesar del amargor de su situación, la joven olvidó sus pesares y miró a su amigo con una mirada en que había lucecillas amorosas de novia.

—¡Adulador!

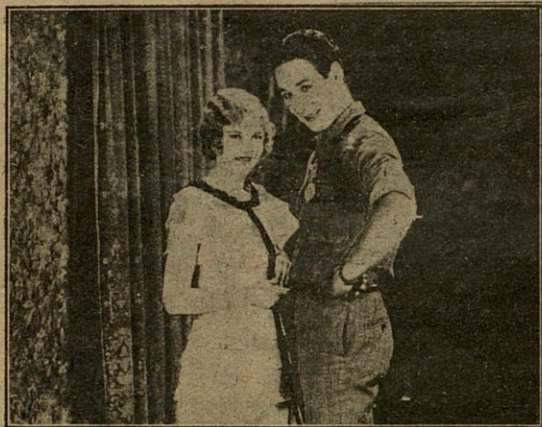
—¡Verdad! ¡Verdad! ¡Eres tan linda, tan espiritual, tan amable! Por ti, hasta seré capaz de trabajar.

—No lo harías.

—¿Qué no? ¡Te lo juro! Voy a la fábrica

de... de mi pariente Gray. Tomaré cualquier trabajo, el más inferior. No me importa. Quiero que veas que soy digno de ti y necesito lavar mi culpa. Quien la hace la paga.

“¿Quién la hace la paga?” Nuevamente Celia se estremeció. ¡Qué gran verdad encerraban aquellas palabras! Su madre la había pagado con su sufrimiento, callado y triste, Carlos que-



—Me gustaría hacerme digno de ti, Celia.

ría pagarla con su trabajo, y ella que le había robado, ella, ¿qué castigo tendría?

Pero olvidó sus pensamientos al sentir los fuertes brazos de Carlos que rodeaban su talle y al oír el susurrar de unos labios que le murmuraban con amor:

—¡Te quiero, Celia!

—¡Carlos!

Y se dejó besar sin una protesta, cerrando los ojos que el fuego del amor iluminaba con resplandeciente luz, consumiendo los demás pensamientos, las demás amarguras...

* * *

Carlos, locamente enamorado de Celia, lo comunicó en una carta a su padre.

Y quiero decirte que estoy dispuesto a casarme con la hija de mi patrona, la única mujer que ha conseguido interesarme.

Cuando el señor Gray recibió aquel escrito, su indignación fué tan viva como su deseo de poner coto a lo que consideraba una locura. ¡El heredero de la casa Gray, el futuro millonario, casado con una infeliz!... Y comprendiendo que era preciso romper inmediatamente aquellas relaciones, el mismo día se dirigió a la casa de Benton, ignorante en absoluto de la sorpresa que había de aguardarle.

Carlos acababa de llegar de su trabajo. Se había convertido en un obrero más de la fundición y sus manos comenzaban a tener los callos de la dura labor y del esfuerzo.

Pero era feliz porque Celia le quería.

Ya no se había vuelto a hablar más de los mil dólares, dados por desaparecidos totalmente.

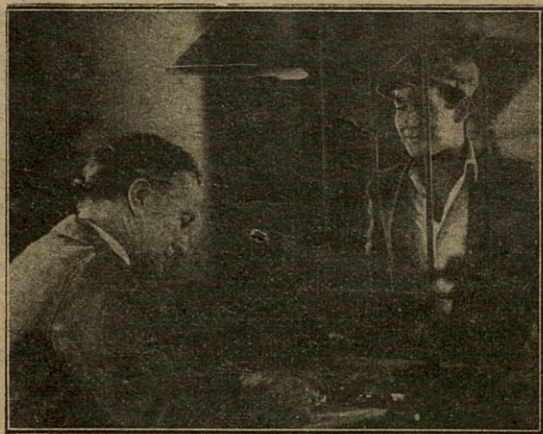
Cuando el señor Gray llegó a la pensión le recibió precisamente su hijo, quien dando muestras de gran alborozo le estrechó entre sus brazos.

—Muchas gracias, papá, por haber venido al hogar de tu futura hija.

—Creo que vas muy aprisa.

—Es que quiero casarme pronto. Vas a ver una muchachita que es un tesoro. Te la voy a presentar. ¡Celia!

Llamó a la joven que, ignorante de quién se



Se había convertido en un obrero más...

encontraba en la casa, acudió solícita a su llamamiento.

¡Inolvidable momento de emoción! Los ojos de Celia se dilataron por el espanto... El señor Gray dió un paso atrás, creyendo al principio en una aparición absurda. Pero al fin se convenció de que tenía delante a la mujer que en nombre de su madre le había restituido el di-

nero robado... Y una sonrisa de ironía y odio flotó en sus labios a tiempo que el joven, ingenuamente, acariciaba a Celia y decía:

—Te presento a mi papá, el señor Gray... Esta es Celia, mi novia, de la que te he hablado.

Desde la habitación contigua, Elsa y Felipe, que habían visto entrar con espanto al señor Gray, escuchaban anhelantes aquella conversación. Al oír las palabras del joven se estremecieron.

¡Tenían en su casa como huésped al hijo del hombre al que habían robado veinte años antes! ¡Y ese muchacho decía amar a Celia!

Se miraban con terror y ella tenía que esforzarse por no estallar en un gemido doloroso. Felipe crispaba los puños de ira...

Bien ajenos a aquel espionaje, el señor Gray y Celia se observaban con mutuo recelo, mientras una sonrisa de felicidad cruzaba por el rostro de Carlos.

Celia hubiera querido huir, desaparecer, morir, tan avergonzada estaba. ¡Ah, aquel amor era ya imposible!

—¿No dices nada, padre? Pareces muy callado—indicó Carlos.

—Estaba pensando en las cosas que tiene la vida—contestó con frialdad—. Yo conozco a esa mujer. Había hablado con ella.

—¿Tú?

—Sí. ¿No sabes quién es?

—La hija de mi patrona.

—Pues tu patrona me robó a mí hace veinte años mis alhajas, y esta chica vino el otro día a restituir parte de su importe.

Carlos dió un grito:

—¡No... no puede ser! ¡No puede ser!

La señora Benton no pudo más y salió de su escondiente, mientras Felipe continuaba en él.

—¡Perdón!... ¡Perdón!... ¡Mi hija no tiene la culpa de nada!... ¡No la censure!... ¡No la censure!...

—¿Usted? ¿Usted, Elsa?

—Sí. Yo... su antigua doncella. No nos haga nada. Déjenos vivir. ¿No dijo usted que nos perdonaba? ¿Por qué nos quiere ahora martirizar? ¿Por qué? Ya le pagaremos los otros mil dólares, si quiere... pero no atormente a mi hija.

—¿Mil dólares? ¿Por qué? ¿No me los pagó todos?

—No... no... Sólo le di dos mil.

—Se equivoca usted. Su hija me dió tres mil dólares, billete por billete.

El espanto estremeció las facciones de la madre.

—Celia, ¿de dónde sacaste los otros mil? ¡Oh, Celia!... ¡Contéstame!...

La joven miró a su madre, después a Carlos, que la sostenía con el mismo cariño que antes de conocer la verdad.

—¡Todo lo diré!—dijo sencillamente—. Se los robé yo... a Carlos. Los tenía en el jarrón y se los quité para poder pagar el resto de la deuda. Veía sufrir tanto a mi madre que...

—Tú también ladrona como ella, ¿eh?—exclamó Gray—. ¿De modo que me querías pagar con el dinero de mi hijo?

—Fué una locura. No supe lo que hacía... ¡Perdóneme!

Quería desprenderse de Carlos, pero su novio seguía abrazándole a pesar de las ardientes protestas del padre.

Elsa lanzó un amargo suspiro y salió de pronto de la estancia. Le había parecido oír un ruido sospechoso.

Encontró a Felipe abriendo sigilosamente la puerta de la casa.

—Pero, ¿dónde vas? Ve a pedir perdón para nuestra hija. Es ahora ella la ladrona.

—Ya lo sé — contestó brutalmente—. Lo he oído todo... todo... Mi hija ha robado. ¿Ya ves? La ley de herencia se cumple. Era como yo... como mi padre... Pues bien, ya estoy relevado del compromiso. Voy a la fábrica a apoderarme del dinero. Hay una gran cantidad que mañana embarcan. Debo aprovechar la noche.

—¡Oh, no quiero! Piensa en tu hija, en mí...

—¿Para qué ya? De nada sirve ser honrado. Veinte años hace que estoy tentado y hoy voy a dar el golpe.

Y rechazando a su esposa marchó a la calle. Aun estuvo en el recibidor unos minutos la pobre mujer ahogando sus sollozos hasta que de pronto, dispuesta a salvar como fuese a su marido, salió corriendo hacia la fundición.

Entretanto, el señor Gray seguía contemplando fríamente a Celia y a Carlos.

—Supongo que ahora te vendrás inmediatamente conmigo, Carlos... Anda, vamos. Y no tema usted, joven... Me hago cargo de los motivos que la indujeron a robar los mil dólares a mi

hijo... Queda todo saldado. Procure no ir, sin embargo, por ese camino, que quien hace un cesto hace ciento. Y nada más. ¡Salgamos!

Carlos, avanzando enérgicamente hacia su padre, dijo:

—¡No! ¡No me voy!... Aquí están mi casa, mi vida, mi porvenir... Adoro a esta mujer.

—¿A una ladrona?



—Piensa en tu hija, en mí...

—No es ladrona... No te lo consentó... Robé por salvar de la amargura a su madre... ¿Y sabes lo que Celia significa para mí? Ella es la fuerza que me ha impulsado al trabajo. Ya no estoy hecho un vago, padre. Mira mis manos, sucias, callosas, fuertes, manos de obrero, de trabajador. Me regenero, me hago otro hombre...

¿Y sabes a quién lo debo? Pues a ella, a nadie más que a ella. Si me impides casarme con Celia, volveré a las andadas, a ser un inútil...

—Pero considera que la madre de esa mujer...

—Perdónala... Te ha devuelto lo que te quitó. Demuestra que se ha regenerado. Hazme feliz dándome tu consentimiento...

—¿Estás decidido a esa locura?

—A todo, padre.

Aun le hizo diferentes consideraciones, pero al fin, viendo la esterilidad de sus esfuerzos, cedió:

—¡Cásate, pues! Al fin y al cabo, lo que usted hizo, Celia, demuestra un caudal inmenso de amor filial... Quizás sí que sea usted una criatura excepcional. Porque mire que lograr que mi hijo trabaje...

—Señor Gray...—contestó Celia tristemente—. Gracias por su perdón... pero... he de sacrificarme una vez más. Después de lo pasado, comprendo que sería mejor no casarnos. Yo...

—Silencio, locuela. A quererme. Bésala, papá. ¡A quererla! ¡A quererla todos... a adorarla!

Y con un beso en los labios acalló Carlos sus temores, y poco después Celia se veía en los brazos del señor Gray que le otorgaba su amplio y generoso perdón.

Felipe Benton, en tanto, llevado de su enfermizo temperamento, había entrado en la fábrica y con toda precaución, conocedor del secreto, había abierto la caja de caudales, donde había un montón de billetes de Banco. Los cogió

con afán, pero de pronto y cuando ya iba a cerrar; le pareció que una mano enorme le obligaba a dejarlos, y horrorizado, violento, los volvió precipitadamente a su sitio y salió de nuevo de la fábrica temblando.

En el camino encontró a su esposa que iba jadeante a evitar aquel delito.

—¡Felipe! ¡Felipe! ¿Qué hiciste? ¿Robaste?

—Intenté robar... pero cuando ya tenía el dinero... vi como una aparición, como una mano que me obligaba a dejarlo... No puedo... no puedo... Veinte años de honradez son demasiados para olvidarlos en un instante.

—Era la mano de Dios, Felipe... No lo dudes. Volvamos a casa... Vayamos a pedir al señor Gray que perdone a nuestra hija.

Regresaron a su casa y allí encontraron a Gray en amigable conversación con su hijo, con Celia y Alberto... que había llegado poco antes y a quien el señor Gray había prometido una buena colocación en su despacho de la ciudad.

¡Fuera rencores, violencias!... El señor Gray ocultó la sorpresa que le producía ver que Felipe Benton era el marido de Elsa... Todo lo sacrificaba por la voluntad de Carlos... En vez de ser cruel, de presentar denuncias, iba a hacer el bien, convencido de que así daba mayor alegría a su conciencia.

Felipe, nervioso, se apresuró a dimitir su cargo de empleado, pero Gray no aceptó su determinación... A vivir todos unidos, olvidando el pasado... Y Felipe abrazó a sus hijos, seguro de

que la ley de herencia había fracasado aquella vez.

Ya jamás pasaría por su mente el deseo de robar... La mano de Dios, mano santa, le impediría caer en la tentación.

FIN

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barará. 16.-Madrid: Evaristo San Miguel, 11

Imprenta Industrial - Aribau, 133 - Teléfono 76307 - Barcelona

8-19-26/8

Acaba de aparecer en las selectas Ediciones Es-
pectales, de L. N. S. C. el grandioso éxito

Mi último amor

por el ídolo popular

José Mojica

Bellísimas canciones

Precio popular: 1 peseta

Ningún muchacho dejará de coleccionar la solici-
tudísima publicación

AVENTURAS FILM

Inmejorable presentación

Precio: 15 cts.

NÚMEROS PUBLICADOS:

Sangre india, El capitán sin miedo, El perro de-
detective, El gato salvaje, Ajustando cuentas, Los
jinetes del correo, Camino de Arizona, El río del
olvido.

Gran éxito de la publicación

IDOLOS POPULARES

con la biografía y hazañas de **George O'Brien**

Precio: 15 cts.

50

022 NCH (121)

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis
Teléfono 18551 - BARCELONA

